

# **Empleo y desigualdad urbanos bajo el libre mercado**

*Consecuencias del  
experimento neoliberal*

**Alejandro Portes / Bryan R. Roberts**

*Se reúne evidencia sobre la forma en que han evolucionado diferentes aspectos de la vida urbana en América Latina durante las últimas décadas. El periodo coincide con un cambio dramático del modelo de sustitución de importaciones por uno nuevo de libre mercado, inspirado en la economía ortodoxa. Este cambio político y económico no podía dejar de tener correlatos significativos. En el presente artículo se plantea una serie de predicciones experimentales sobre los vínculos entre las nuevas políticas y la evolución de los mercados laborales urbanos y las tendencias de la pobreza y la desigualdad.*

## ***El fin de la ISI y la llegada de los mercados***

**E**l abrupto final del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) a comienzos de los años 80, es una historia bien conocida que no

---

**Alejandro Portes:** profesor-investigador del Departamento de Sociología, Universidad de Princeton.  
**Bryan R. Roberts:** profesor-investigador del Departamento de Sociología, Universidad de Texas, Austin.

**Palabras clave:** modelos económicos, políticas neoliberales, desigualdad, desempleo, América Latina.

**Nota:** Este artículo es parte de un documento más amplio: «The Free Market City: Latin American Urbanization in the Years of the Neoliberal Experiment», abril de 2004.

---

hace falta repetir aquí. Tampoco es necesario insistir en las características del modelo anti-Estado y pro-mercado que lo reemplazó. Sólo para sentar las bases de la discusión, los rasgos principales del nuevo modelo pueden resumirse en siete aspectos programáticos clave: 1) apertura unilateral al comercio externo; 2) extensa privatización de las empresas públicas; 3) desregulación de bienes, servicios y mercados laborales; 4) liberalización de mercados de capital, con privatización de los fondos de pensión; 5) ajuste fiscal basado en una reducción drástica del gasto público; 6) reestructuración de programas sociales estatales, centrándose en esquemas compensatorios para los grupos más necesitados; 7) fin de la «política industrial» y de cualquier otra forma de empresa patrocinada por el Estado, y concentración en la gestión macroeconómica (Díaz 1996; Portes, p. 238).

***La rápida eliminación de las barreras comerciales tuvo un impacto directo en las industrias anteriormente protegidas, amenazando su existencia y promoviendo un proceso de desindustrialización***

Cambios tan trascendentales no podían dejar de tener consecuencias importantes en la sociedad en general y en la urbana en particular<sup>1</sup>. Vale la pena examinar las posibles afinidades o discrepancias entre el proceso de urbanización de la etapa ISI y las implicaciones del nuevo modelo de desarrollo. La rápida eliminación de las barreras comerciales tuvo un impacto directo en las industrias ISI anteriormente protegidas, amenazando su existencia y promoviendo en muchos países un proceso de desindustrialización (Galbraith; Klein/Tokman). Esa tendencia afectó a su vez el «atractivo» de las ciudades primadas

---

1. En el estudio del cual proviene este artículo (mencionado en la nota inicial), se examina la correlación entre la aplicación de las nuevas políticas y los patrones emergentes en cuatro áreas: sistemas urbanos y primacía urbana; desempleo urbano y desempleo informal; pobreza y desigualdad; delincuencia, victimización e inseguridad urbana. Allí se presentan análisis detallados de cada uno de esos tópicos basados en los últimos datos disponibles para los seis países que abarcan conjuntamente más del 80% de la población regional. Se concluye que en la región se han producido significativas transformaciones en los patrones de urbanización, que reflejan las consecuencias previstas e imprevistas de la aplicación del nuevo modelo de desarrollo. Los datos en que se basa este documento fueron recopilados por el proyecto «Latin American Urbanization at the End of the Twentieth Century», patrocinado por la Fundación Andrew W. Mellon. Deseamos expresar nuestro agradecimiento a los colaboradores y a los directores de los equipos nacionales, sin cuya ayuda este estudio no habría sido posible: Marcela Cerruti y Alejandro Grimson en Argentina; Licia Valladares, Bianca Freire-Medeiros y Filippina Chinelli en Brasil; Guillermo Wormald, Francisco Sabattini y Yasna Contreras en Chile; Marina Ariza y Juan Manuel Ramírez en México; Jaime Joseph y el equipo de investigación del Centro Alternativa en Perú; Rubén Kaztman, Fernando Filgueira y Alejandro Retamoso en Uruguay. Igualmente deseamos agradecer a Carolina Flores y Lissette Aliaga por su asistencia en la compilación y análisis de las bases de datos de las encuestas de los seis países del estudio.

—donde se agrupaban esas industrias en el periodo anterior— para los migrantes internos. Las actividades orientadas a la exportación promovidas por el nuevo modelo no precisaban concentrarse en esas urbes, dados sus mercados externos, y al establecerlas más cerca de ellos se reducen los costos y aumentan las ganancias<sup>2</sup>. El menor atractivo de las ciudades primadas como fuentes de empleo y el surgimiento de nuevos polos de crecimiento asociados con las exportaciones y el turismo tendrían una influencia directa en el carácter de los sistemas urbanos.

También era lógico esperar una transformación de los mercados laborales urbanos, por varias razones. Las nuevas políticas orientadas al mercado privilegiaban la desregulación y la contracción del Estado, con un consecuente estancamiento o contracción del sector público, que antes había sido una fuente clave de empleo para la clase media. Simultáneamente, cuando las industrias del modelo ISI cerraron sus puertas debido a que no podían competir con importaciones baratas, la clase trabajadora formal empleada en ellas tenía que experimentar una disminución. El nuevo esquema predecía que esa reducción de la demanda laboral sería resuelta por las industrias competitivas orientadas a la exportación. Para promover la inversión en este sector, los gobiernos adoptaron políticas de «flexibilización» laboral que eliminaban una serie de protecciones jurídicas de los trabajadores. Como resultado, la antes nítida separación entre clase trabajadora amparada, formal, y proletariado informal se volvió cada vez más imprecisa (Díaz 1993; Filgueira; Portes).

En teoría, un ambiente orientado al mercado, con menos tributos y regulaciones, estimularía las inversiones de capital, las que a su vez producirían un repunte en la demanda de mano de obra. A medida que esa presión aumentara, la rigidez de los mercados laborales, los salarios y las condiciones de trabajo mejorarían en forma natural sin necesidad de la intervención del Estado (Balassa/Bueno; Williamson). Este «efecto de derrame» es el principal mecanismo mediante el cual se esperaba que las políticas neoliberales redujeran las desigualdades del ingreso. Por otra parte, si la esperada ola de inversión privada no se materializaba, la contracción del sector público y la reducción de los puestos de trabajo industriales anteriormente protegidos podían llevar, alternativamente, al desempleo abierto y/o a un aumento significativo del sector informal. Aun si se materializa la demanda laboral bajo condiciones de desregulación ge-

---

2. México es el ejemplo arquetípico de este modelo con sus industrias maquiladoras orientadas a la exportación, ubicadas mayoritariamente en ciudades fronterizas y otras poblaciones del norte del país con buenas conexiones de transporte con el mercado estadounidense; v. Ariza; Fernández-Kelly 1983; Garza.

neralizada, los nuevos empleos pueden ser de menor calidad que los perdidos, pues carecen de una serie de beneficios, incluyendo el amparo contra despidos arbitrarios (Díaz 1996; Salinas/Wormald). Aunque legales, esos trabajos precarios llegarían a recordar los anteriormente catalogados como «informales».

También se esperaba que los mercados inmobiliarios y de suelos cambiaran con el nuevo régimen. En la filosofía neoliberal el suelo urbano no es necesariamente «un recurso escaso», y el juego privado de oferta y demanda debe conducir en forma natural a un reordenamiento del espacio urbano de acuerdo con la capacidad de pago individual (Kowaric/Campos; Sabatini). Según quienes proponen esta política, la ciudad y sus beneficios deben ser para aquellos «que los merezcan». El resto debe abandonarla o aceptar un albergue mínimo en proyectos estatales situados en terrenos lo más baratos posible; tales programas de emergencia están inevitablemente ubicados en áreas remotas de la periferia, segregando a los sectores urbanos más pobres del resto de la ciudad (Eckstein 1989; Raczynski; Razeto).

Finalmente, el fin de los subsidios para artículos de consumo popular y la desaparición de programas de protección social en un momento en que grandes cantidades de trabajadores antes amparados y nuevos contingentes en el mercado laboral están obligados a «nadar o ahogarse» en mercados desregulados, puede promover nuevas formas de inestabilidad social. Cuando no hay puestos de trabajo disponibles o son de tan mala calidad que mantienen en la pobreza permanente a quienes los ocupan, los trabajadores formales o los nuevos miembros de la fuerza laboral pueden recurrir a formas alternativas a la miseria, en un patrón que podemos catalogar como «empresarialismo forzoso». Es probable que surjan actividades económicas informales, pero también pueden aparecer otras formas menos convencionales de enfrentar la ausencia de oportunidades de trabajo. Desde esta perspectiva, actividades delictivas de diversa índole –incluyendo el narcotráfico, atracos y secuestros– pueden interpretarse como formas con las que los perpetradores buscan hacerse de los recursos materiales a los que no tienen acceso a través de los canales legales.

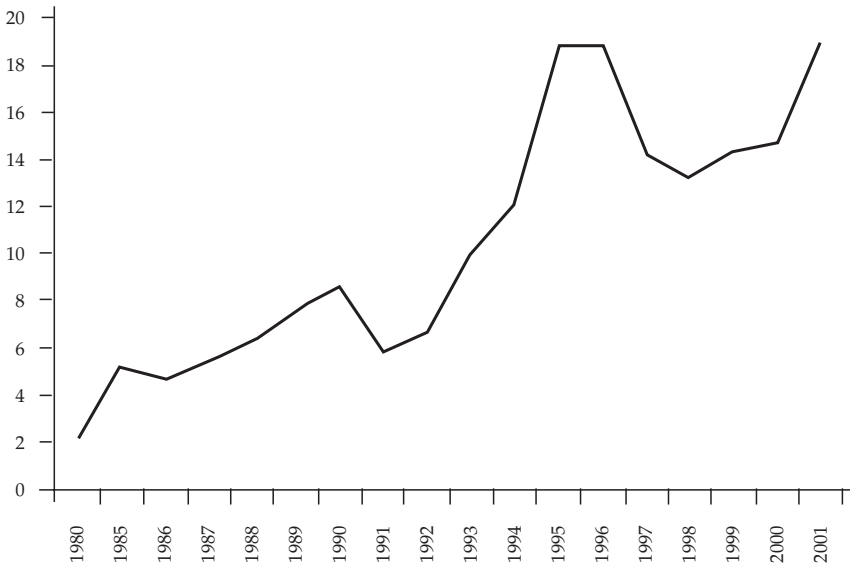
El clásico análisis de Robert Merton sobre los orígenes de la desviación social es singularmente apropiado para las condiciones que al parecer fomenta la aplicación del modelo neoliberal en la sociedad urbana de América Latina. Un aumento de las expectativas debido a una cultura de consumo fomentada por una publicidad dirigidas a las masas, y por la presencia visible en tiendas y calles de todo tipo de artículos importados codiciables, coinciden en un momento en que vastos sectores de la población carecen de los medios para man-

tenerse, mucho más para adquirir tales artículos en forma legítima. Los jóvenes, en particular, han sido los más afectados por las presiones del consumismo y de la privación relativa y, simultáneamente, por la ausencia de oportunidades de empleo adecuados para sobrevivir y reducir tales presiones (Grimson; Katzman et al.). Recurrir a medios no ortodoxos para escapar de la pobreza y obtener las nuevas metas culturalmente deseables es un resultado factible. Varias actividades delictivas ofrecen caminos para esta forma alternativa de «empresarialismo forzado».

***Evolución de los mercados laborales***

El «consenso de Washington» despertó expectativas en cuanto a que los mercados laborales responderían rápidamente al estímulo proporcionado por nuevas inversiones de capital, lo que llevaría a descensos sostenidos del desempleo y el subempleo. La realidad de las últimas décadas tiene poca semejanza con esas proyecciones. En un país tras otro, las tasas de desempleo abierto y de empleo informal han permanecido estancadas o han aumentado significativamente. Esas tendencias nacionales fueron muy evidentes en las principales ciudades, donde siguen habitando grandes proporciones de la población.

Gráfico 1  
**Buenos Aires: tasas de desempleo abierto (1980-2001) (%)**



El cuadro 1 ofrece información pertinente sobre los seis países incluidos en nuestro estudio comparativo. Hay variaciones significativas entre ellos, aunque ninguno, con la excepción parcial de Chile (este punto se examinará más adelante), muestra signos visibles de mejora del mercado laboral. Los países del Río de la Plata han sido los más visiblemente afectados por descensos en el empleo formal protegido. En Argentina la tasa de desempleo abierto se duplicó en los años 90, y en Buenos Aires pasó del 3% en 1980 a más del 20% en 2001. En el gráfico 1 se muestra ese deterioro dramático de las condiciones del mercado laboral, cuya evolución en el tiempo coincidió exactamente con el periodo de aplicación estricta de las políticas neoliberales en la economía argentina. Como lo han señalado varios observadores, ningún otro país latinoamericano presenció una implementación tan fervorosa del modelo de mercados abiertos como éste durante la presidencia de Carlos Saúl Menem (Altimir/Beccaría; Grimson; Sunkel).

Durante el mismo periodo los trabajadores empleados también experimentaron un deterioro significativo de sus condiciones laborales. La clase trabajadora formal empleada en grandes empresas del área metropolitana de Buenos Aires disminuyó de cerca de la mitad de la población económicamente activa (PEA) en 1980, a menos de un tercio en 2001. Por otra parte, la clase trabajadora informal aumentó del 13% al 34% de la PEA en el mismo periodo, según la medición tradicional de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), y al 44% usando una medición más moderna basada en la falta de cobertura de seguridad social. Como resultado, el índice de vulnerabilidad laboral subió de un tercio a la mitad de la fuerza laboral metropolitana durante esas dos décadas. En el ámbito nacional, el proletariado informal alcanzó el 44% del total de la fuerza de trabajo argentina en 2001<sup>3</sup>.

Al otro lado del Río de la Plata las condiciones del mercado laboral no eran mucho mejores. Aunque en Uruguay se aplicaron las políticas neoliberales con un entusiasmo un tanto menor, los resultados en el mercado laboral fueron esencialmente los mismos: como en Argentina, hubo grandes disminuciones en la proporción de trabajadores empleados en la industria formal y en el sector público y un aumento concomitante del desempleo abierto. El gráfico 2

---

3. El Programa para América Latina de la OIT medía tradicionalmente el desempleo informal como la suma de los trabajadores por cuenta propia menos los profesionales y técnicos, los trabajadores domésticos no remunerados, los dueños y empleados de empresas de hasta cinco trabajadores, y los empleados domésticos (Klein/Tokman). La medición más moderna, usada comúnmente en el mundo desarrollado, se basa en el número de trabajadores contratados en forma temporal y sin protección de seguridad social, salud u otra cobertura legal por mandato (Portes/Haller).

Cuadro 1

**Evolución de los mercados laborales en seis países latinoamericanos (en %)**

Países y ciudades	Año <sup>a</sup>				
	1980	1990	1995	2000	2002-2003
<b>Argentina (urbana)</b>					
Desempleo	2,6	7,4	11,5	15,1	15,1
Trabajadores informales <sup>b</sup>	23,0	–	–	45,0	41,8
<b>Buenos Aires (metrop.)</b>					
Desempleo	2,6	12,1	15,4	20,1	16,0
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	12,9	27,6	36,1	33,8	44,0
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	–	41,5	39,7	43,6	47,5
<b>Brasil (urbano)</b>					
Desempleo	6,3	4,5	5,4	7,1	10,7
Trabajadores informales <sup>b</sup>	27,2	37,3	42,6	41,8	–
<b>Río de Janeiro (metrop.)</b>					
Desempleo	–	3,5	4,0	4,6	9,2 <sup>d</sup>
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	–	31,7	36,4	39,3	–
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	–	31,8	37,7	39,6	39,2
<b>San Pablo (metrop.)</b>					
Desempleo	–	5,5	5,2	7,5	14,1 <sup>d</sup>
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	–	27,7	33,4	32,0	–
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	–	23,1	37,4	37,5	40,8
<b>Chile (urbano)</b>					
Desempleo	10,4	8,7	6,0	10,1	10,6
Trabajadores informales <sup>b</sup>	27,1	39,2	38,8	37,2	35,6
<b>Santiago</b>					
Desempleo	–	7,3	5,4	9,2	9,8
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	–	36,3	37,0	35,3	34,0
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	–	30,8	31,3	32,3	33,9
<b>México (urbano)</b>					
Desempleo	4,5	2,7	5,5	2,2	3,3
Trabajadores informales <sup>b</sup>	35,8	35,1	38,2	35,4	44,1 <sup>e</sup>

muestra la evolución de la tasa de desempleo en el área metropolitana de Montevideo. Simultáneamente, la proporción de trabajadores por cuenta propia y de los ocupados en empleos precarios también aumentó, aunque no tan rápido como la tasa de desempleo. Como consecuencia de esas tendencias, en 2001 Uruguay –que anteriormente disfrutaba los niveles más altos de protección y el menor desempleo de América Latina– mostraba un índice de vulnerabilidad laboral de la mitad de su fuerza de trabajo: exactamente las mismas cifras que la vecina Argentina, país de mayores proporciones.

Cuadro 1 (continuación)

Países y ciudades	Año <sup>a</sup>				
	1980	1990	1995	2000	2002-2003
<b>Ciudad de México</b>					
Desempleo	–	5,3	9,6	3,5	3,7
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	–	34,4	36,9	37,1	45,7 <sup>e</sup>
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	–	44,7	57,4	50,6	50,0
<b>Perú (urbano)</b>					
Desempleo	10,9	–	7,0	7,4	7,9 <sup>f</sup>
Trabajadores informales <sup>b</sup>	40,5	–	59,7	60,3	61,5 <sup>f</sup>
<b>Lima (metrop.)</b>					
Desempleo	7,1	5,9	7,0	7,8	10,3
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	49,7	48,8	53,1	57,1	53,1 <sup>f</sup>
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	54,9	55,2	53,8	61,3	–
<b>Uruguay (urbano)</b>					
Desempleo	7,4	8,5	10,3	13,6	17,0
Trabajadores informales <sup>c</sup>	23,1	33,0	35,1	34,7	–
<b>Montevideo (metrop.)</b>					
Desempleo	10,7	9,3	10,8	13,9	17,0
Trabajadores informales (trad.) <sup>b</sup>	23,1	30,3	30,5	30,7	–
Trabajadores informales (modernos) <sup>c</sup>	–	30,6	28,9	27,9	–

a) El año exacto puede variar según la fecha del censo nacional o la encuesta de hogares; b) definiciones OIT tradicionales basadas en la suma de los trabajadores por cuenta propia menos los profesionales y técnicos, dueños y empleados de empresas con menos de cinco trabajadores, y empleados domésticos; c) trabajadores sin cobertura de seguridad social y/u otra protección obligatoria por ley; d) nuevas series de estimados de desempleo para 2001; e) esta es una sobreestimación que incluye a todos los trabajadores (empleados, trabajadores por cuenta propia y no remunerados) en empresas con uno a cinco trabajadores; f) 2001.

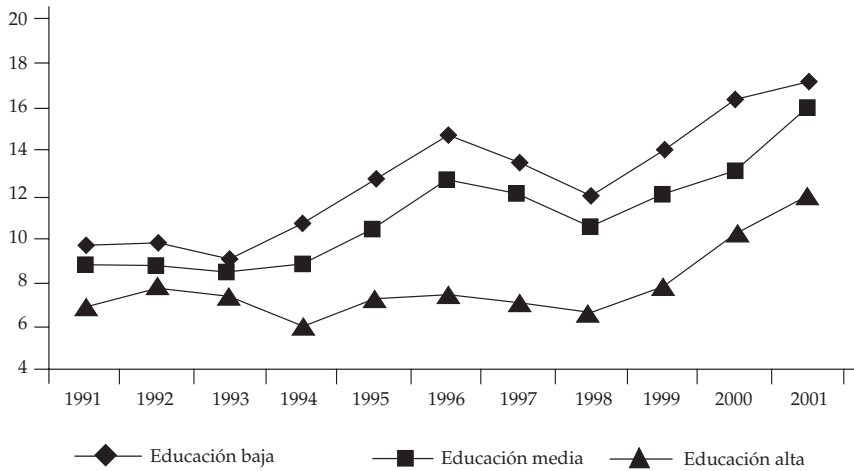
**Fuentes:** Desempleo urbano nacional: Cepal: *Panorama social de América Latina 2002-2003*, cuadro 13. Estimados del desempleo urbano para 1980: Cepal: *Panorama social de América Latina 1994*, cuadro 1. Estimados del empleo urbano informal para 1980: Wilkie/Perkal, p. 23, cuadro 1.309. Todos los demás cálculos fueron compilados por el personal del proyecto de la Universidad de Texas o provienen de los informes del Princeton-Texas Latin American Urbanization Project in the Late Twentieth Century (<http://cmd.princeton.edu>), basados en encuestas nacionales y de hogares y cifras censales.

A Chile se le cita comúnmente como *la* historia exitosa del experimento neoliberal y, desde la perspectiva del mercado laboral, hay ciertas evidencias que respaldan ese alegato. Como se muestra en el cuadro 1, a mediados de los años 90 el desempleo abierto descendió al 5,4% de la fuerza laboral de Santiago y al 6% en el ámbito nacional. Sin embargo, la cifra sube de nuevo para acercarse al 10% en 2001. La forma tradicional de medir el sector informal –como la suma de trabajadores domésticos no remunerados, trabajadores por cuenta propia no calificados, empleados domésticos y trabajadores de empresas muy pequeñas–



Gráfico 2

**Montevideo metropolitano: evolución de las tasas de desempleo (%)  
según niveles de educación (1991-2001)**



Fuente: Kaztman et al., con base en encuestas anuales de hogares.

evolucionó positivamente, mostrando disminuciones pequeñas pero sostenidas en Santiago y en el país como un todo. Sin embargo, si se aplica la definición más moderna de sector informal –trabajadores no amparados por regulaciones y beneficios de ley–, se obtienen resultados opuestos (Portes/Haller) .

El cuadro 1 indica que durante los años 90 hubo un aumento sostenido en la proporción de trabajadores no amparados por leyes laborales y seguridad social, tanto en la capital como en el ámbito nacional. Este incremento puede atribuirse al creciente número de trabajadores que laboran en *empresas grandes* pero sin seguridad social. Así, mientras la economía chilena logró crear suficientes empleos para evitar el nivel récord de desempleo de sus vecinos, muchos de esos puestos de trabajo fueron de poca calidad –sin protección contra despido arbitrario o sin servicios sociales– (Wormald et al.). Esa tendencia refleja la política de «flexibilización laboral» introducida como parte del modelo neoliberal. Como lo señalara el sociólogo chileno Álvaro Díaz en el apogeo de este experimento:

Las instituciones laborales chilenas no protegen a los trabajadores –especialmente a las mujeres, a los jóvenes y las personas de edad– contra las recesiones, las racionalizaciones y las reorganizaciones productivas. No garantizan los derechos laborales contra prácticas autoritarias, que son la norma en muchas empresas chilenas y que han ocasionado un aumento de la intensidad del trabajo así como de la tasa de accidentes laborales. Solo una minoría de la fuerza de trabajo ha obtenido acceso a colocaciones estables y bien remuneradas (1996, p. 25).

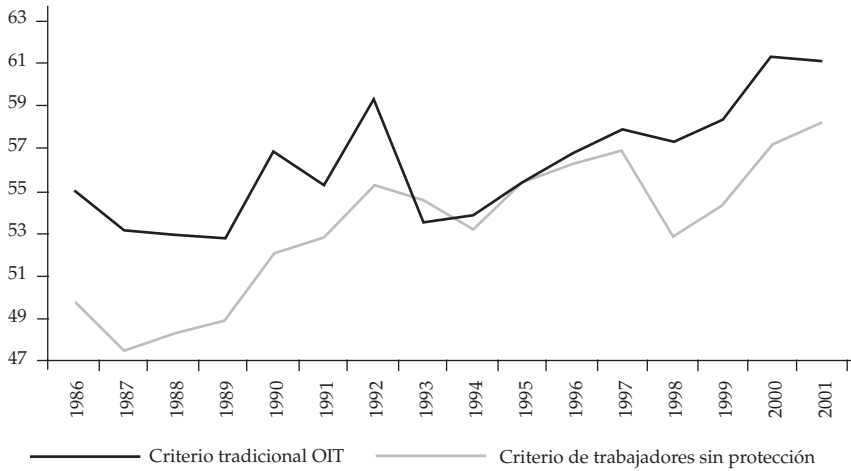
En el Perú, el modelo de desarrollo de libre mercado se aplicó con vigor durante la presidencia de Alberto Fujimori, a semejanza del caso argentino (Méndez et al.; Saavedra/Nakasone). Sin embargo, los resultados fueron distintos, reflejando diferencias en el contexto nacional y en los niveles de desarrollo. Mientras en las naciones más desarrolladas del Río de la Plata la aplicación del nuevo modelo llevó a niveles récord de desempleo, en el Perú la tasa de desempleo, aunque en aumento, no superó los niveles de los años 80. En su lugar, los efectos se sintieron en forma de precarización del empleo y una disminución de la proporción de trabajadores formales a un mero tercio de la PEA. En Lima Metropolitana, el sector informal, que medido por cualquier estándar absorbía ya la mitad de la fuerza laboral en 1986, había crecido aproximadamente al 60% para fines de los años 90. Como en todas partes, los trabajadores peruanos no vieron por ningún lado los presuntos beneficios que «se filtrarían» hasta ellos como consecuencia del nuevo modelo. En el gráfico 3 se muestra la evolución del empleo informal en la ciudad.

Las cifras restantes en el cuadro 2 corresponden a las dos economías regionales más grandes. En Brasil una aplicación más cautelosa y menos ortodoxa de las políticas neoliberales en los dos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso estuvo asociada con una evolución menos dramática de los mercados laborales. El desempleo y el empleo informal aumentaron en el ámbito nacional y en las dos áreas metropolitanas más grandes; sin embargo, la tendencia no fue tan consistente ni tan drástica como en Argentina. Desde la perspectiva del mercado laboral, los años 90 fueron una década de estancamiento con poco progreso económico y un lento deterioro de las condiciones del empleo (Valladares/Preteceille).



Gráfico 3

**Lima Metropolitana: evolución del empleo informal (1986-2001)**  
(%)



Fuente: Saavedra/Nakasone, con base en encuestas de hogares.

En México el nuevo modelo orientado a la exportación tomó la forma de la entrada del país al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan). La creciente utilización de México como una plataforma industrial para el enorme mercado estadounidense ocasionó una demanda laboral significativa en el sector de las maquiladoras en ciudades fronterizas como Tijuana y Juárez y en otras partes (Ariza). Esa demanda parecía haber neutralizado parcialmente la pérdida de puestos de trabajo en las industrias ISI en bancarrota (Pozas). Aunque al igual que en otras partes de la región hubo una disminución sostenida del empleo industrial después de la aplicación de las políticas de apertura de los mercados, la tendencia se revirtió en los años 90, conduciendo a un nivel de empleo industrial similar al de dos décadas antes.

El desempleo y el empleo informal siguieron un patrón errático. En el caso del segundo, hay una brecha notable entre el empleo informal medido tradicionalmente o con mediciones modernas que incorporan a los trabajadores desprotegidos. En 2000 el primer indicador daba un estimado del 37,1% de la PEA nacional, mientras el segundo subía al 50,6% (v. cuadro 1). Por lo tanto, aun en México, y a pesar de la demanda de mano de obra generada por las industrias base de exportación, los resultados del nuevo modelo de desarrollo no fueron

impresionantes. El crecimiento económico, cualquiera que haya sido, no se tradujo en un aumento rápido del empleo formal. Al igual que en el resto de la región, los indicadores laborales permanecieron estancados o descendieron. Para fines de los años 90, la mitad de los trabajadores mexicanos seguía sobreviviendo en formas precarias de empleo en los márgenes de la economía formal.

### ***Pobreza y desigualdad***

El deterioro de las condiciones del mercado laboral no ha sido uniforme. Más bien, en varios países el desempleo creciente y la informalización han estado acompañados de una desigualdad económica constante o creciente, donde una cantidad de individuos y familias han caído en la pobreza mientras una minoría ha visto un incremento de su bienestar como beneficiaria del nuevo modelo. Como lo demostrara Karl Polanyi tiempo atrás (1957; 1992), inherentemente los mercados libres son máquinas para la creación y reproducción de la desigualdad. La riqueza que ellos crean tiende a fluir hacia arriba, exacerbando las diferencias de clase preexistentes, a menos que se los controle con una regulación deliberada.

Un análisis reciente de la evolución de las estructuras de clase latinoamericanas mostró que las clases dominantes –definidas como patronos, administradores y ejecutivos de empresas grandes y medianas y profesionales elite– constituyen aproximadamente un décimo de la PEA regional, y en muchos países una proporción aún menor (Portes/Hoffman). Este decil privilegiado, recibió ingresos equivalentes a 14 veces la línea promedio de pobreza en América Latina a comienzos de los años 90; en contraste, el proletariado informal, que abarca aproximadamente el 40% de la PEA, tuvo ingresos equivalentes al doble de la línea de pobreza o alrededor de la mitad de la cantidad necesaria para sacarlos de la pobreza (Cepal)<sup>4</sup>.

Las diferencias existentes, que hacen de América Latina la región con mayor desigualdad en el mundo, tendieron a exacerbarse durante la década de implementación del modelo neoliberal en el área. En el cuadro 2 se presentan las cifras relevantes basadas en indicadores estándar de pobreza y desigualdad más la definición de clases sociales del extremo superior (*top*) e inferior (*bottom*) presentada en Portes/Hoffman.

---

4. El índice representa la suma del desempleo abierto, los trabajadores por cuenta propia no calificados y los trabajadores asalariados no amparados por leyes laborales (Cerrutti).

Cuadro 2

**Evolución de los indicadores de pobreza y desigualdad en seis países latinoamericanos (en %)**

Países y ciudades	Año <sup>a</sup>				
	1980	1990	1995	2000	2002-2003
<b>Argentina (urbana)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	.403	.470	.505	.510	.52
Población pobre <sup>b</sup>	–	–	–	35,9	54,7
Participación en el ingreso del decil superior <sup>b</sup>	29,8	34,8	35,8	37,0	42,1
<b>Buenos Aires (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	.411	.437	.446	.500	.54
Población pobre <sup>b</sup>	5,0	33,7	24,8	28,9	51,7
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	–	12,9 (2,3)	16,1 (2,7)	16,9 (2,7)	15,8 (2,9)
proletariado informal <sup>e</sup>	–	30,3 (0,6)	25,6 (0,6)	25,8 (0,7)	27,7 (0,6)
<b>Brasil (urbano)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	.590	.570	.530	.640	.64
Población pobre <sup>b</sup>	39,0	48,0	35,8	37,5	–
Participación en el ingreso del decil superior <sup>b</sup>	39,5	43,9	46,0	47,1	–
<b>Río de Janeiro (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	–	.570	.540	.600	–
Población pobre <sup>b</sup>	–	–	–	–	–
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	–	19,2 (3,4)	20,2 (3,1)	21,8 (3,2)	–
proletariado informal <sup>e</sup>	–	16,8 (0,5)	15,9 (0,5)	20,3 (0,6)	–
<b>San Pablo (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	–	.510	.540	.550	–
Población pobre <sup>b</sup>	–	37,1	56,6	55,8	–
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	–	20,9 (3,3)	20,7 (2,8)	26,5 (3,3)	–
proletariado informal <sup>e</sup>	–	11,9 (0,4)	19,2 (0,5)	17,5 (0,5)	–
<b>Chile (urbano)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	.560	.570	.570	.580	–
Población pobre <sup>b</sup>	45,1	38,6	27,5	20,6	–
Participación en el ingreso del decil superior <sup>b</sup>	56,2	40,7	40,2	40,3	–
<b>Santiago (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	–	.560	.560	.580	–

Cuadro 2 (continuación)

Países y ciudades	Año <sup>a</sup>				
	1980	1990	1995	2000	2002-2003
Población pobre <sup>b</sup>	33,8	28,5	17,8	12,7	—
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	—	31,8 (3,7)	31,3 (3,4)	32,9 (3,5)	—
proletariado informal <sup>e</sup>	—	17,0 (0,6)	14,5 (0,6)	12,9 (0,5)	—
<b>México (urbano)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	—	.470	.490	.470	—
Población pobre <sup>b</sup>	28,0	47,7	52,9	41,1	39,4
Participación en el ingreso del decil superior <sup>b</sup>	25,8	36,6	35,6	36,4	33,2
<b>Ciudad de México (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	—	.480	.500	.500	—
Población pobre <sup>b</sup>	—	—	—	—	—
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	—	19,6 (3,0)	22,3 (2,7)	21,5 (2,9)	—
proletariado informal <sup>e</sup>	—	29,6 (0,7)	32,0 (0,6)	28,1 (0,6)	—
<b>Perú (urbano)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	—	.390	.332	.370	—
Población pobre <sup>b</sup>	46,0	50,2	45,8	47,7	54,8
Participación en el ingreso del decil superior <sup>b</sup>	—	—	33,3	36,5	—
<b>Lima (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	.429	.414	.386	.403	—
Población pobre <sup>b</sup>	—	47,8	35,5	45,2	—
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	—	—	19,8 (2,9)	29,1 (4,0)	—
proletariado informal <sup>e</sup>	—	—	31,8 (0,6)	33,9 (0,6)	—
<b>Uruguay (urbano)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	.379	.414	.425	.442	—
Población pobre <sup>b</sup>	—	28,3	21,7	22,8	—
Participación en el ingreso del decil superior <sup>b</sup>	—	31,2	25,8	27,0	27,3
<b>Montevideo (metrop.)</b>					
Índice Gini <sup>b</sup>	—	.400	.400	.430	—
Población pobre <sup>b</sup>	—	28,6	21,3	23,9	—
Participaciones salariales (razón salario/empleo) <sup>c</sup> :					
clases dominantes <sup>d</sup>	—	21,7 (2,7)	24,3 (2,5)	27,3 (2,7)	—
proletariado informal <sup>e</sup>	—	20,4 (0,7)	16,9 (0,6)	16,7 (0,6)	—

— Cuadro 2 (continuación) —

a) El año exacto puede variar según la fecha del censo nacional o la encuesta de hogares. El primer año disponible en la década de los 80 es 1980, la estadística semestral disponible es de 1995, y el último año disponible es 2003; b) hogar/ingreso per cápita; c) razones salario/empleo; d) suma de los dueños y empleados de empresas con más de cinco trabajadores; e) suma de trabajadores por cuenta propia menos profesionales y técnicos, trabajadores domésticos no remunerados, empleados domésticos y todos los demás trabajadores sin contrato y/o sin seguridad social.

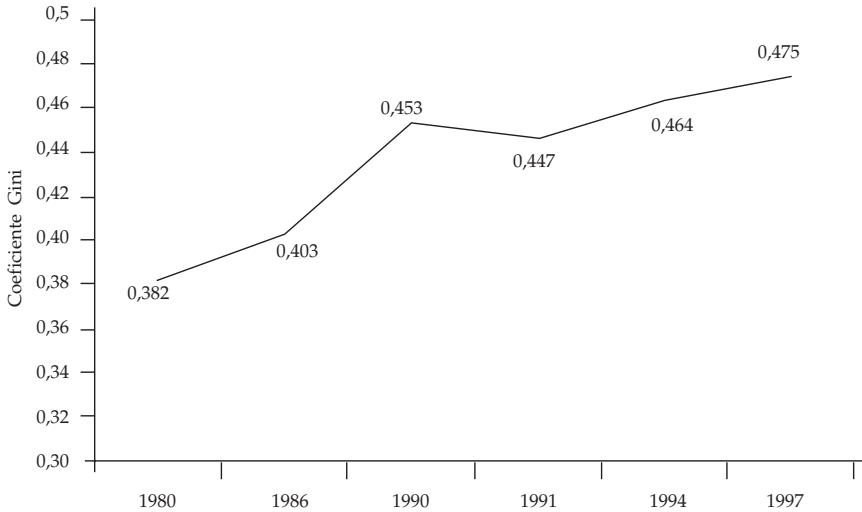
**Fuentes:** Nivel nacional de pobreza y estadísticas de concentración del ingreso, con excepción de Uruguay: Cepal: *Panorama social de América Latina 2002-2003*, cuadros 1.4, 1.6, 1.7. Todos los demás cálculos fueron compilados por el personal del proyecto de la Universidad de Texas o provienen de los informes del Princeton-Texas Latin American Urbanization Project in the Late Twentieth Century (<http://cmd.princeton.edu>), basados en encuestas nacionales y de hogares y de cifras censales.

En Argentina, la participación en el ingreso del decil superior aumentó en casi el 10% entre 1980 y 2000: tan solo los ingresos de los patronos pasaron de 19 veces la línea nacional de pobreza en 1980 a 24 veces en 1997. Los ingresos de los trabajadores informales disminuyeron sustancialmente en el mismo periodo. Durante los años 90 la participación en los salarios/empleo de las clases «dominantes» aumentó de 2,3 a 2,7, mientras la del proletariado informal permaneció estancada. El porcentaje de habitantes viviendo en situación de pobreza, que en 1980 correspondía a 5%, había aumentado a 38% de la población metropolitana para 2002. Como resultado, el país pasó de ser uno de los más igualitarios de la región, a evocar la tradicional desigualdad económica de sus vecinos. Según Óscar Altimir, para 1996 el índice Gini nacional había superado el umbral de .50. El gráfico 4 muestra esta evolución en la ciudad capital y sus alrededores.

El vecino Uruguay experimentó una evolución similar, aunque menos drástica. En el país como un todo la desigualdad creció, llegando el índice Gini a .44 en 2000. En Montevideo las clases dominantes conservaron su participación desproporcionada en los salarios durante toda la década de los 90 a pesar de que estaban en aumento, mientras que la disminución del proletariado informal no le trajo a este segmento ningún incremento relativo de sus salarios. En todo el país el panorama era de estancamiento, con los ingresos del quintil inferior y de los trabajadores informales mostrando apenas cierto movimiento durante la década<sup>5</sup>. Aunque menos dramática que la situación al otro lado del Río de la Plata, la sociedad tradicionalmente igualitaria del Uruguay no hizo nin-

5. La línea de pobreza se calcula sobre la base del costo de la canasta de bienes y servicios para el individuo promedio. Considerando que en América Latina la familia de clase trabajadora promedio tiene más de cuatro miembros, un ingreso menor al equivalente de cuatro «líneas de pobreza» para el principal sostén de la familia resulta insuficiente para sacarlos de la pobreza (Eclac; Klein/Tokman).

Gráfico 4

**Buenos Aires Metropolitano: desigualdad en el ingreso familiar**

Fuentes: Altimir/Beccaría; Cerrutti.

gún avance en esa dirección, experimentando en cambio una contramarcha hacia una mayor desigualdad de clases.

Chile es el país que registró los mejores resultados en términos de reducción sostenida de la pobreza en las dos últimas décadas. Como lo muestra el cuadro 2, la proporción de personas viviendo en pobreza disminuyó más de la mitad entre 1980 y 2000: del 45% al 21%. Reducciones similares se registraron tanto en la población pobre como entre los indigentes del área metropolitana de Santiago. Los trabajadores informales, especialmente los que laboran por cuenta propia, vieron un aumento significativo de sus ingresos promedio, en consonancia con la metáfora económica de «una marea que saca a flote todos los botes» (Balassa/Bueno). El aumento fue lo suficientemente grande para sacar de la pobreza al trabajador promedio. Sin embargo, todo esto ocurrió en un momento en que la participación en los salarios de las clases dominantes de la ciudad capital permanecía desproporcionadamente alta, manteniendo el índice Gini en cerca de .60, atrás únicamente de Brasil en lo que hace a la región. Claramente, la marea económica hizo «flotar» algunos botes más arriba que a otros. De esas cifras concluimos que la población chilena no disfrutó los beneficios del crecimiento económico en forma de ingresos más altos, en términos de una distribución más justa de la torta económica o (como se vio anteriormente) de



***En la mayoría  
de los países,  
el proletariado  
informal  
constituye  
la clase  
más numerosa  
de la población***

puestos de trabajo de mejor calidad. Los pobres no se empobrecieron más, pero tuvieron que aceptar condiciones laborales precarias y con frecuencia duras en una época en que los ingresos y estilos de vida de las personas acomodadas mejoraban significativamente.

En el Perú la situación general era de estancamiento relativo. El coeficiente Gini apenas cambió durante la última década, mientras la población pobre urbana aumentó algunos puntos porcentuales entre 1980 y 2001, cuando según nuevas mediciones se convirtió en la mayoría de la población. La tendencia se observa más claramente en Lima Metropolitana, donde un proletariado informal creciente apenas aumentó su participación en los salarios, logrando a duras penas mantener invariable su razón empleo/salario. En contraste, las clases dominantes agrupadas en «el decil privilegiado» incrementaron su participación en la masa salarial total en un notable 10%, mientras su razón empleo/salario aumentaba a cuatro, la más alta entre las seis ciudades de nuestro estudio.

En los dos países más grandes, Brasil y México, la evidencia apunta también a una consolidación de la posición económica de las clases dominantes, un estancamiento en los ingresos promedio de los trabajadores informales y, por consiguiente, un aumento en los índices de desigualdad económica. En Brasil, fácilmente el país de la región con mayor desigualdad, el índice Gini nacional subió lentamente durante la última década, mientras en el área metropolitana de Río de Janeiro subió de .57 a .60, y en San Pablo aumentó 4 puntos para llegar a .55. El proletariado informal en ambas ciudades aumentó su participación en el salario absoluto, pero esto se debió al creciente número de personas en puestos de trabajo precarios y desprotegidos, como se vio anteriormente; de ese modo, para esta clase la razón empleo/salario permaneció estancada. Lo mismo ocurrió en las clases dominantes de las dos ciudades, pero en el contexto nacional el decil superior aumentó su participación en los ingresos en casi el 10%, reforzando un patrón de desigualdad extrema.

En Ciudad de México, el índice Gini también se movió ligeramente hacia arriba en tándem con un incremento en la participación en los ingresos en el decil superior, aunque hay una declinación en la población popular urbana clasificada como pobre y en la participación en los ingresos del decil inferior. Como en las metrópolis brasileñas, la participación salarial del proletariado informal permaneció estancada y su razón empleo/salario siguió siendo apenas una fracción de la de las clases dominantes. En ambos casos, la apropiación de salarios

por parte de estas clases correspondió a alrededor de tres veces su número, mientras que para los trabajadores fue de alrededor de la mitad.

En conclusión, las cifras de la década en que se aplicaron más consistentemente las políticas neoliberales no indican que éstas condujeran a aumentos uniformes de la pobreza. Ocurrió lo opuesto, al menos en algunos países. Lo que sí aumentó en forma uniforme fue la desigualdad. Ya sea que la marea económica sacara a flote todos los botes, como en Chile, o que hundiera a todos, como en el Río de la Plata, los grupos en el tope de la estructura de clases lograron conservar o aumentar sus posiciones de privilegio, mientras que aquellos en el fondo vieron cómo su participación relativa se mantenía estancada o declinaba.

Los indicadores nacionales de la desigualdad se movieron hacia arriba en todas partes, una situación agravada mayormente en las ciudades más grandes. Conforme a la predicción de Polanyi, los mercados libres ciertamente crearon riqueza en algunos países, pero la apropiación fue muy desigual, y en otros, ejemplificados por Argentina y Uruguay, ni siquiera cumplieron su tarea de fomento del desarrollo, conduciendo a una desigualdad creciente y pobreza generalizada.

### ***Resumen y conclusiones***

Los mercados laborales urbanos también han acusado el fuerte impacto de la disminución del empleo industrial formal a causa de la desaparición de las viejas industrias ISI y la contracción del empleo público. En muchos casos el esperado efecto de filtración de las inversiones de capital



en industrias privatizadas y nuevas industrias de exportación no logró compensar esas pérdidas. El resultado fue un aumento significativo del desempleo abierto en algunos países, el estancamiento o aumento del empleo informal en otros, y ambas tendencias simultáneamente en los más afectados por la crisis. En Chile, el desempleo disminuyó en forma significativa, solo para repuntar en los últimos años. El desempleo informal también bajó, de acuerdo con las mediciones tradicionales. Sin embargo, cuando se aplica un indicador más moderno, basado en la ausencia de protección de seguridad social, la tendencia se invierte. Esto se debe a un aumento del empleo precario en empresas medianas y grandes, que refleja la poca calidad de los puestos de trabajo industriales y de servicios creados bajo el nuevo modelo.

La evolución de la pobreza y la desigualdad sigue una tendencia paralela. La pobreza no aumentó en todas partes. Mientras en Argentina creció significativamente, en el vecino Chile disminuyó en forma constante durante los años 90. La tendencia común fue la persistencia de aumentos en los niveles de desigualdad económica impulsados por la apropiación de mayores proporciones de los ingresos por parte de las clases dominantes, y el estancamiento o al menos el lento crecimiento de la tajada de la torta económica dirigida a las clases trabajadoras. En la mayoría de los países, el proletariado informal constituye la clase más numerosa de la población, excediendo por varios múltiplos el tamaño combinado de las clases dominantes. El proletariado informal sobrellevó el mayor peso del ajuste económico, tanto a través de su crecimiento numérico debido a la contracción del sector formal, como con el estancamiento o disminución de los salarios reales promedio, que en la mayoría de los casos no lograron sacar de la pobreza a las familias de la clase trabajadora.

Coincidiendo con el inicio de un nuevo siglo, una serie de países comenzó a apartarse de la ortodoxia neoliberal, buscando una senda al desarrollo nacional más humana y menos destructiva desde el punto de vista social. El neoliberalismo en sí y asociado con términos como «consenso de Washington» ha adquirido una connotación cada vez más negativa como símbolo de políticas socialmente insensibles y causantes de desigualdad. Los gobiernos de la América Latina posneoliberal no han abandonado los mercados, pero están buscando formas de darle al Estado un papel más activo tanto en la promoción de empresas nacionales viables como en la protección de los sectores más vulnerables de la población. Argentina bajo el gobierno de Néstor Kirchner y Chile con Ricardo Lagos son dos casos ilustrativos, como puede serlo Brasil con Luiz Inácio Lula da Silva, un presidente electo explícitamente para detener las peores consecuencias de las políticas neoliberales.

Si es inminente una nueva y corregida aproximación neokeynesiana a la política económica y si esto puede suceder pese a la todavía vigorosa oposición del Departamento del Tesoro estadounidense y del Fondo Monetario Internacional, son preguntas abiertas. Lo que sí parece claro es que los logros de las políticas promovidas por esos poderosos actores, tales como controlar la inflación, promover las inversiones y crear nuevas industrias exportadoras, se han alcanzado a un costo social que los gobiernos y sociedades por igual parecen cada vez más reacios a pagar. Sean cuales sean las nuevas políticas y modelos que evolucionen de la presente situación, es preciso que aborden ante todo esas realidades sociales. Ninguna medida de política tendrá éxito contra la actual ola delictiva y la degradación de la calidad de la vida urbana si no hay un tratamiento de las causas estructurales subyacentes.

### **Bibliografía**

- Altimir, Óscar y Luis Beccaría: «El persistente deterioro de la distribución del ingreso en la Argentina» en *Desarrollo Económico* N° 40, 2001, pp. 589-618.
- Ariza, Marina: «La urbanización en México en el último cuarto del siglo xx», reporte final para el proyecto «Urbanización en América Latina a finales del siglo xx», conferencia final, Montevideo, agosto de 2003.
- Balassa, Bela y Gerardo M. Bueno: *Toward Renewed Economic Growth in Latin America*, Institute for International Economics, Washington, D.C., 1986.
- Cerrutti, Marcela: «Report on Argentina», final report for the project Latin American Urbanization in the Late Twentieth Century, delivered at the final project conference, Montevideo, agosto de 2003.
- Díaz, Álvaro: «Restructuring and the New Working Classes in Chile: Trends in Waged Employment, Informality, and Poverty, 1973-1990», Working Paper N° DP47, United Nations Research Institute for Social Development, 10/1993.
- Díaz, Álvaro: «Chile: ¿hacia el pos-neoliberalismo?», paper presented at the Conference on Responses of Civil Society to Neo-Liberal Adjustment. Department of Sociology, University of Texas, Austin, abril de 1996.
- Eckstein, Susan: *For We Are Sold, I and My People: Women and Industry in Mexico's Frontier*, SUNY Press, Albany, NY, 1983.
- Eckstein, Susan: «Power and Popular Protest in Latin America» en Susan Eckstein (ed.): *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, University of California Press, Berkeley, 1989.
- Eclac: *Social Panorama of Latin America, 1999-2000. Annual Report*, Economic Commission for Latin America and the Caribbean, Santiago de Chile, 2000.
- Fernández-Kelly, M. Patricia: *For We Are Sold, I and My People: Women and Industry in Mexico's Frontier*, SUNY Press, Albany, 1983.
- Filgueira, Carlos: «Estado y sociedad civil: políticas de ajuste estructural y estabilización en América Latina», paper presented at the Conference on Responses by Civil Society to Neoliberal Adjustment, University of Texas, Austin, abril de 1996.
- Galbraith, James K.: «A Perfect Crime: Global Inequality» en *Daedalus* N° 131, invierno de 2000, pp. 11-25.
- Garza, Gustavo: «Tendencias de las desigualdades urbanas y regionales en México, 1970-1996» en *Estudios Demográficos y Urbanos* N° 15, 2000, pp. 489-532.
- Grimson, Alejandro: «La vida organizacional de zonas populares de Buenos Aires», final report for the project Latin American Urbanization in the Late Twentieth Century, delivered at the final project conference, Montevideo, agosto de 2003.

- Kaztman, Rubén, Gabriel Corbo, Fernando Filgueira, Magdalena Furtado, Denise Gelber, Alejandro Retamoso y Federico Rodríguez: «La ciudad fragmentada: mercado, territorio y marginalidad en Montevideo», final report for the project Latin American Urbanization in the Late Twentieth Century, delivered at the final project conference, Montevideo, agosto de 2003.
- Klein, Emilio y Víctor E. Tokman: «Sector informal: una forma de utilizar el trabajo como consecuencia de la manera de producir y no viceversa» en *Estudios Sociológicos* 6:16, 1-4/1988, pp. 205-212.
- Kowarick, Lucio y Ana M. Campos: «Os Percursos da Desigualdade» en L.K.R. Rolnick, y N. Somek (eds.): *São Paulo: Crise e Mudança*, Prefeitura de São Paulo, San Pablo, 1990, pp. 49-68.
- Méndez, Christian, Helbert Gutiérrez, José Loayza: «Grandes tendencias económicas del Perú y la ciudad de Lima», Centro Alternativa, Lima, report prepared for presentation at the Seminar on Latin American Urbanization in the Late Twentieth Century, Institute for Social and Economic Development (IDES), Buenos Aires, febrero de 2003.
- Polanyi, Karl: *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1957.
- Polanyi, Karl: «The Economy as Instituted Process» en M. Granovetter y R. Swedberg (eds.): *The Sociology of Economic Life*, Westview Press, Boulder, CO, 1992, pp. 29-51.
- Portes, Alejandro: «Neoliberalism and the Sociology of Development: Emerging Trends and Unanticipated Facts» en *Population and Development Review* N° 23, junio de 1997, pp. 229-259.
- Portes, Alejandro y Kelly Hoffman: «Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era» en *Latin American Research Review* 38:1, 2003.
- Portes, Alejandro y William Haller: «The Informal Economy» en Neil Smelser y Richard Swedberg: *Handbook of Economic Sociology*, 2ª ed., Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2005, a publicarse.
- Pozas, María de los Ángeles: *Estrategia de la gran empresa mexicana en la década de los noventa*, El Colegio de México, México, D.F., 2002.
- Raczynski, Dagmar: «Estrategias de sobrevivencia en sectores populares urbanos» en R. Urzua y P. Donner (eds.): *La opinión preferencial por los pobres*, Cisoc / Bellarmino, Santiago, 1987, pp. 127-173.
- Razeto, Luis: *Las organizaciones populares. Más allá de la subsistencia*, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1985.
- Saavedra, Jaime y Eduardo Nakasone: «Una nota sobre la informalidad y el autoempleo en Lima Metropolitana, 1985-2000», Grupo de Análisis para el Desarrollo, Centro Alternativa, Lima, 2003.
- Sabatini, Francisco: «Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial» en *Revista Eure* N° 26, 2000, pp. 49-80.
- Salinas, Viviana y Guillermo Wormald: «Informalidad en Chile durante la década de los años 90», paper presented at the Conference on Latin American Urbanization in the Late Twentieth Century, Institute for Social and Economic Development (IDES), Buenos Aires, febrero de 2003.
- Sunkel, Osvaldo: «The Unbearable Lightness of Neoliberalism», paper presented at the Conference on Latin American Sociology, University of Florida, Gainesville, abril de 2001.
- Valladares, Licia y Edmond Preteceille: «Sistema Urbano, Mercado de Trabalho e Violencia no Brasil e no Rio», final report for the project Latin American Urbanization in the Late Twentieth Century, delivered at the final project conference, Montevideo, agosto de 2003.
- Wilkie, James y Adam Perkal: *Statistical Abstract of Latin America* vol. 23, Latin American Center Publications, UCLA, Los Ángeles, 1984.
- Williamson, Oliver: «Transaction Cost Economics and Organization Theory» en N.J. Smelser y R. Swedberg (eds.): *The Handbook of Economic Sociology*, Princeton University Press / Russell Sage Foundation, Princeton, NJ, 1994, pp. 77-107.
- Wilson, William J.: *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, University of Chicago Press, Chicago, 1987.
- Wormald, Guillermo, Francisco Sabatini, Lucía Dammert, Viviana Salinas y Yasna Contreras: «El impacto del nuevo modelo de orientación neoliberal sobre las oportunidades de integración social del ámbito urbano: Chile 1980-2000», reporte final para el proyecto «Urbanización en América Latina a finales del siglo xx», conferencia final, Montevideo, agosto de 2003.